



CAPÍTULO VI

EL ARMADIJO

REFUNFUÑARON de cólera los invitados mientras Hervey lanzaba su profesión de fe. Pero Sturmer, con una señal, les aquietó en seguida.

—Señores, toda susceptibilidad fuera importuna—dijo dulcificando la voz, á pesar de lo cual esta no sonaba nada agradablemente en los oídos del oficial.—El señor Hervey está en su perfecto derecho al sustentar su opinión, y nosotros debemos manifestarnos agradecidos por la sinceridad con que acaba de declararla.

En tanto dirigia á Metcalfe una

mirada singular. El oficial pelibermajo se estremeció ligeramente, y una dura expresión invadió su rostro. Levantóse también inmediatamente, y todos se dispusieron enseguida á retirarse.

Pero el Hannoveriano parecía tener otras intenciones con respecto á Metcalfe. Mientras decía adiós á los demás, buscó aparte al capitán y murmuró en voz queda:

—Quedáos; necesito hablaros.

Sometióse el capitán, aunque á disgusto segun todas las apariencias, y dejó que partieran Hervey, de Vaux y Ely.

Apenas, salidos éstos, se cerró la puerta, Sturmer arrastró al invitado al comedor, á pesar suyo; y le indujo á sentarse de nuevo mientras escogia en la alacena una botella de coñac.

—Quería departir con vos sosegadamente, Metcaife—dijo llenando dos vasos.—Probad este coñac; creo que os va á parecer mejor que el del círculo.

Metcalfe sorbió el líquido en silencio, mirando á su huésped con aire indeciso.

—Me place que hayais sido de los nuestros esta noche;—continuó el barón—por ello disponéis de elementos de juicio para determinar qué clase de hombre es este. Hice cuanto supe, ya lo oísteis, para persuadirle á que se viniera con nosotros; ya habéis escuchado su respuesta. ¿Cuál es vuestro parecer?

—Creo que es una fortuna que no esté más enterado.

Sturmer hizo chocar los dientes con aire de malicioso triunfo.

—Aguardaba esta respuesta. Con todo, desgraciadamente para nosotros, el señor Hervey está enterado de otras muchas cosas, de demasiadas cosas.

Metcalfe respondió únicamente con una mirada de consternación á noticia tan desagradable.

El Hannoveriano empezó á darle las explicaciones necesarias.

—A consecuencia de una malhadada casualidad que ciertamente no pude sospechar, ayer noche sorprendió un coloquio harto comprometedor entre lord Londonderry y yo.

Sturmer relató brevemente los hechos, y dijo:

—No recuerdo con entera precisión las palabras pronunciadas, pero seguro estoy de que se habló lo bastante para que á un muchacho listo le fuese fácil adivinar lo que ocurre con bastante exactitud.

El capitán inclinó la cabeza, y su fisonomía reflejó los temores de su compañero.

—Ha jurado no descubrir una palabra de cuanto oyó, y estoy seguro de que hasta el presente nada ha revelado. Se le vigila. Pero, después de lo ocurrido esta noche, no puede augurarse cuál será su conducta. Y es indudable que conoce demasiados pormenores, por no ser un afiliado. ¿Me explico?

La rubicunda faz del capitán empezó á cambiar de colores. Removiéndose inquieto en la silla y procuraba rehuir la mirada del barón.

—¡Qué lástima!—dijo entre dientes.—Pero si Herveý es un muchacho de exquisito pundonor, incapaz de faltar á su palabra.

Sturmer se encogió de hombros.

—Podría ser, pero recordad que él no se ha comprometido en modo alguno á callar cuanto ha pasado

esta noche. ¿Quién va á impedirle atar cabos y soltar una alusión que ponga en guardia á los demás? No hay remedio, amigo mío; necesitamos ponernos al abrigo de una torpeza suya.

Un leve temblor agitó el cuerpo del oyente.

—¿Proponéis que...?—dijo con voz ronca.

Sturmer sonrió despectivamente.

—Imagino que comprendéis á las mil maravillas lo que insinúo, querido Metcalfe!

—¡No! ¡No me pidáis semejante cosa! Acordáos de Vivian, el muchacho del año pasado. Esta vez le toca el turno á de Vaux.

—Soportad las consecuencias de vuestra superior destreza, amigo mío—replicó secamente el Hannoveriano.—Pero, atended: olvidaba deciros que me proponía ordenar mañana á Cutts que os diese por nuestro convenio la cantidad de que me hablábais el otro día: quinientas libras.

Los ojos del capitán fulguraron. Calló un instante. El alemán le observaba. En las facciones de Metcal-

fe se leía claramente el combate que se trababa en su interior.

Por fin alzó los ojos; cundía en su rostro una lividez mortal, pero en el extremo de sus labios se dibujaba una profunda arruga.

—Lleváis razón—dijo.—Sabe demasiado.

Sturmer asintió con un gesto. Acercó su silla á la de Metcalfe, y trabaron una conversación que se prolongó hasta una hora avanzada.

Al salir de casa del barón, los tres oficiales habían marchado al cuartel.

Allí se despidieron amigablemente, y Hervey, sintiendo la necesidad de consultar á un amigo prudente, se fué á la habitación del mayor Campbell. Pero Campbell había salido, y debían pasar veinticuatro horas antes que Teddy hallase la oportunidad de solicitar su opinión.

Causaba este sensible retraso lo muy atareado que andaba Campbell en la averiguación que le había confiado lord Hill. Decidido á examinar á fondo la cuestión, el mayor se había puesto á la obra sistemáticamente.

En parte según sus recuerdos, y en parte según las informaciones recogidas acá y acullá en conversaciones accidentales, había podido ordenar una lista bastante completa de los desafíos ocurridos en todos los regimientos de la guardia durante los dos ó tres años últimos, con los nombres de los combatientes y de los testigos que los habían presenciado.

Terminada la lista, fué á visitar personalmente á los testigos y condujo la conversación hacia los dueños á que habían concurrido. En algún caso, los testigos no se habían resistido á hablar; pero otras veces habían observado una extraña reserva. A las veinticuatro horas de recibir su misión, Campbell se hallaba en su gabinete, estudiando las notas que había podido reunir.

El resultado de este examen parecía á un tiempo alarmante y desconcertante. El escocés enarcaba las cejas á medida que releía unas tiras derramadas delante de él sobre la mesa.

—¿Cuáles son los datos sospechosos y qué indican?—murmuraba.—

En primer lugar, algunos nombres se repiten con demasiada frecuencia. En julio de 1835 se realizó un duelo en que Bouchier mató á su contrario; su testigo es Metcalfe. En febrero de 1836 Bouchier es testigo, y Metcalfe actor principal; el adversario, Vyvyan, muerto en el duelo, tiene á de Vaux por testigo. En abril de Vaux mata á Mordaunt; Bouchier es testigo. En octubre Metcalfe se desafía—¡otra vez!—con Strong á quien hiere nada más. De Vaux es testigo de Strong y Metcalfe tiene por testigo á Ely. ¡Cuatro duelos, tres de ellos mortales, en los cuales figuran los mismos nombres!

Baluceó la cabeza tristemente, y continuó diciendo:

—¿Qué significa todo eso? ¿Qué relación puede establecerse entre los distintos choques? En todos los casos, según cuentan los supervivientes, el muerto fué el provocador. Strong, á quien no mataron, reconoce haber provocado á Metcalfe en un juego de naipes; parece que éste se había insolentado. ¡Habrás visto casualidad! El testigo de Mordaunt cuenta casi exactamente la misma

historia, pero confiesa que de Vaux rehusó toda tentativa de reconciliación. En cuanto al caso de Vyvyan, logré saber únicamente que Vyvyan había comido la víspera con los demás en casa de Sturmer. ¿Podríamos obtener alguna luz valiéndonos de esta particularidad?

Mientras estaba reflexionando sobre el odioso problema, oyó llamar á la puerta de entrada. Fué á abrir, y vió á Hervey, pálido, jadeante, azarado.

—Campbell — exclamó mientras éste abría la puerta—vengo á rogáros que seáis mi testigo. He insultado á Metcalfe, y me exige una reparación.

—¡Por vida...!

La habitual reserva del escocés hubo de ceder ante la sorpresa brutal que le daba semejante noticia, llegada á continuación de la estadística siniestra que acababa de estudiar.

Teddy no acertó á dar con la causa de la consternación de su amigo.

—¿Qué es eso, Campbell?—preguntó penetrando en la estancia y dejándose caer pesadamente en un sillón.—Cualquiera creería que en

vuestra vida oísteis mentar una cuestión de honor.

Campbell se sintió indeciso.

¿Debía comunicar al joven las sospechas que se habían asociado en su mente al oír el nombre de su adversario? Le pareció que la respuesta á esta pregunta dependería de la situación de Hervey. Si el desafío podía evitarse, cabría desahogar el ánimo; de lo contrario una explicación del carácter del adversario no daría más resultado que perturbar al muchacho y enervarle.

—Narradme el caso, Teddy—le dijo, sentándose á su vera.—No olvidéis el menor incidente.

Teddy le miró con asombro, y un si es no es molestado. Era la primera vez que el mayor le designaba por su nombre de pila.

Lo que el teniente se puso á narrar, era, en resumen, lo siguiente:

Aquella noche, al salir del *mess*, Metcalfe le había invitado á una partida de naipes en su casa. Al principio Teddy deseaba excusarse, pero el otro le instó de tal manera que al cabo le fué forzoso aceptar.

Apenas llegados á la morada del

capitán, comparecieron asimismo de Vaux y el vizconde Ely, los cuales propusieron un whist. Trajéronse vasos, y los cuatro se disponían á pasar agradablemente la velada.

No tardó el azar en hacer compañeros á Metcalfe y Hervey. Hasta entonces el capitán había jugado muy bien, pero desde aquel punto se advirtió en él notable mudanza. Reflexionaba largo tiempo antes de soltar el naípe, jugaba los nulos, se metía en enredos imposibles y no se tomaba la molestia de tallar en ocasiones en que, de haberlo hecho, asegurara una fácil victoria á su compañero y á él.

Hervey empezó á impacientarse.

—¿Qué pasa, Metcalfe?—dijo al fin con bastante acritud, mientras su compañero, movido por lo que parecía nueva negligencia, acababa de arriesgar un naípe sin el menor asomo de juicio.—Si os fatiga la partida, con decirlo basta. Cuando os place jugáis con maestría consumada.

Metcalfe se arrebató en seguida:

—Jugué tan bien como vos—replicó enfurecido.—No he cometido la menor falta.

—¡Por Dios!—insistió Teddy—hubo falta las dos últimas veces.

—Lo niego. Soy jugador más antiguo que vos, y para nada necesito vuestras lecciones.

Aquí se interpusieron los compañeros, reclamando silencio, y prosiguió la partida. Pero el capitán jugaba cada vez peor; y al tercer *trick* se descolgó con un fallo injusto y groserísimo. Hervey, impetuoso, golpeó la mesa con el puño.

—¿Qué pasa?—preguntó Metcalfe acremente.

—¿No lo véis? ¿A qué ese fallo? ¿Es esto jugar al whist? ¡Perdimos la partida!

Su compañero le miró con ojos sañudos.

—¿Os atrevéis á decir que he fallado? No hubo tal.

—¡Cómo!—exclamó Hervey, perdiendo, naturalmente, toda sangre fría ante tan monstruosa afirmación.—¡Ni cuenta os dais de lo que estáis haciendo! ¡Ved!

Y acto seguido señaló los *tricks* para demostrar la exactitud de su aseveración.

—¡Afirmo que no he fallado!—gri-

tó Metcalfe levantándose, como enajenado.

—Yo afirmo que sí—persistió Teddy, enojado aún por haber perdido la partida gracias á la torpeza de su compañero.

—Muy bien, señor Hervey, ¡con que me desmentís delante de estos señores! Supongo que no ignoráis las consecuencias que trae consigo un acto semejante.

Extremeció á Teddy el grave giro que daba el capitán á la discusión. Comprendió que se había dejado llevar al empleo de palabras más duras de lo que él quisiera, pero ante tal amenaza era ya difícil atenuarlas.

Los otros dos jugadores, que durante las primeras frases de la disputa no parecían más que espectadores distraídos, intervinieron ahora, deseando acaso restablecer la buena armonía.

—Alto, señores, os lo ruego—empezó de Vaux.—Sin duda Hervey está dispuesto á reconocer su error.

—¿Qué estáis diciendo?—preguntó el teniente perdiendo la calma.—Sabéis de sobra que llevo razón. Os

habéis dado cuenta del error lo propio que yo.

De Vaux levantó los hombros.

—Confieso no haberlo notado. Si mi amigo Metcalfe declara no haber hecho el fallo, por mi parte la cuestión queda resuelta. Su afirmación me basta.

—¡Pues yo sí lo he notado!—dijo entonces Ely tomando la palabra por primera vez.—¡Me lo he figurado, por lo menos!—rectificó, dando una mirada de excusa á su huésped.

Pero Metcalfe no había atendido á las palabras del abanderado.

—Espero las excusas del señor Hervey—dijo reciamente, dirigiéndose á de Vaux.

Y, al instante, sacó el reloj, y, poniéndolo sobre la mesa, añadió con insolente sonrisa:

—Concedo á este señor un plazo de dos minutos para que escoja entre la retractación ó la reparación.

Naturalmente, aquel tono no le consentía á Hervey alternativa alguna. Azarado aún por la insólita rapidez con que se había suscitado la pendencia mortal, levantóse y respondió con voz firme:

—Acepto vuestra provocación, capitán Metcalfe. No debo retractarme en un ápice.

—Pues adelante, cuanto más pronto se resuelva el asunto, mejor—observó el capitán friamente, hundiendo el reloj en su bolsillo.—¿De Vaux, os prestáis á ser mi testigo en ese duelo?

—Sin duda, querido amigo, si es indispensable llegar al terreno. Mas yo espero que Hervey modificará su actitud. Es barto joven, y á buen seguro habló desconsideradamente.

Como es natural, esas palabras, en vez de calmar la irritación de Teddy dieron el resultado opuesto.

—Dije cuanto debía—replicó secamente.—Dentro de media hora mandaré acá á un amigo.

—Acaso me permitiréis que me ponga á vuestra disposición—interrumpió Ely, no sin alguna viveza.

Teddy estuvo á pique de aceptar, pero creyó distinguir un fulgor de esperanza en los ojos de su adversario. Instintivamente rehusó.

—Os agradezco infinito vuestra amistad—dijo el vizconde—pero no me creo en el derecho de comprometerme.

teros en esa querella. La cosa es seria, y prefiero rogar que me represente á un amigo íntimo y más antiguo. No aguardaréis largo espacio, señores.

Dicho esto, Teddy saludó gravemente á sus compañeros y partió.

En seguida se encaminó velozmente á la habitación de su amigo el mayor.

Campbell había escuchado el relato silenciosamente, y á medida que éste se desenvolvía, su faz iba obscureciéndose más y más.

—¡Cuán acertados andan los metodistas!—exclamó al terminar el joven.—Debiera abolirse el desafío. Esto es ya una ignominia. Los más lerdos acabarán por darse cuenta de que esa «institución del honor» se desdora en los peores barrizales.

Teddy le miró con aire interrogativo, ignorando lo que ocurría en el interior de su amigo.

Pero Campbell preguntó inmediatamente:

—¿Visteis al barón Sturmer desde anteayer por la noche?

—Sí, ayer comí en su casa; y aun vine por la noche para hablaros de

ello, pero habíais salido. Metcalfe y los demás comían conmigo.

—¡Ah!

Campbell no pudo retener la exclamación que saltaba á sus labios al oír un detalle tan significativo. La expresión de su fisonomía fué la chispa que encendió el haz de sospechas amontonadas en la mente de Teddy.

—¡Dios mío! —balbuceó.—Creéis que es posible... que... eso sea el resultado de...

—¿De vuestra aventura en la sala del trono? Mucho lo temo—replicó el mayor, viendo que era inútil el fingimiento.—Creo que Sturmer os ha dispuesto un armadizo, y que caísteis en él.

—¡Pero todo ello parecía tan improvisado!—balbuceaba el joven todavía—porque es preciso reconocer que yo he salido de mis casillas.

—¿Por qué salisteis de vuestras casillas, vamos á ver?

—Ya lo dije, porque Metcalfe jugaba sin sentido común.

—¿Pues bien, visteis á Metcalfe, que en el regimiento es autoridad en materia de whist, jugar hasta hoy contra el sentido común?

Teddy enmudeció.

Se le presentaba ya meridiana-mente toda la trama de que era víctima. Debía dar gracias á su estrella, por no haber aceptado la insidiosa proposición del joven vizconde solicitando ser su testigo.

El mayor continuó:

—De todos modos fuera ocioso discutir ahora ese punto. Han logrado su fin, y os han llevado á una situación de que no podéis salir cómodamente. Haré cuanto sepa en interés vuestro. ¿Dónde hallaré á de Vaux?

—Le dejé en casa de Metcalfe.

—Muy bien, allá voy. Aguardadme acá; luego veremos á que línea de conducta nos sometemos.

El mayor salió como un torbellino. El joven, lleno de impaciencia, paseaba por la estancia, renegando de su pronta cólera, que le había hecho caer tan ciegamente en el lazo tendido por sus enemigos.

Para hacerle justicia debemos consignar que no se mezclaba con su agitación el menor sentimiento de temor personal. Se volvía loco porque había sido juguete de manos depravadas, y se veía obligado á batir-

se con un adversario cuyos móviles le rebajaban á la categoría de rufián; y si algún temor abrigaba, determinábalo solamente el aspecto político del asunto. Si Sturmer juzgaba útil mandarlo asesinar, ello se debería á que el secreto sorprendido accidentalmente era mucho más importante de lo que él pensara; Teddy debía de hallarse en el umbral de una peligrosa y evidente conspiración que se dirigía—y sobre este particular no cabía duda—contra la joven y bella señora de su amada, contra aquella princesa, esperanza de un pueblo, reina futura, á quien él, á guisa de los caballeros errantes de pasados siglos, había jurado fidelidad.